

Literatura

En el recuerdo... Coplas

Por FELISA MARTÍNEZ

Blancaflor y Filomena

Paseándose anda Sildana
por los palacios de Almena,
dos hijas trae de la mano
Blancaflor y Filomena.
Pasó por allí Turquino
se enamoró de una de ellas;
le daban a Blancaflor
y él quería a Filomena.
Le daban a Blancaflor,
porque de más tiempo era.
Se casaron y marcharon
a vivir a sus tierras.
A eso de los nueve meses,
Turquino volvió de la guerra,
de camino que pasaban
entra en casa de su suegra.
—Bienvenido sea mi yerno.
—Buenos días, la mi suegra.
—Yo deseaba saber
si usted me da a Filomena.
—Yo dar, bien te la diera,
si tú me cuidarás de ella.
—Yo cuidarla, sí señora,
como si hija mía fuera,
el trabajo que le mando,
comer conmigo a la mesa
y arrullar niño o niña,
lo que su hermana trajera.
Él se monta en un caballo
ella en una yegua negra.
Al subir un monte espeso
y al bajar una dehesa...
—¡Bájate de ahí, mi cuñada,
bájate de esa mi yegua!
—Piensa Turquino lo que dices
que es el diablo que te tienta.
—Sea el diablo, sea el demonio,
tú bajarás de la yegua.
La agarraba de la mano,
de la yegua la tiraba.

Hizo de ella lo que quiso,
hasta cortarle la lengua;
para un zarzal la tiraba,
donde cantan las culebras.
Allí había un pastorcito
que guardaba ovejas negras.
—Pastorcito, ven acá,
arrímate y no temas,
que escribirás una carta
a los palacios de Almena.
—Yo escribirla, sí señora,
si tinta y papel tuviera.
El papel aquí lo tengo,
la tinta en casa queda;
de tinta te servirá
la sangre de la mi lengua.
Su madre, de que lo supo,
desmayada cayó a tierra.
Y, enterada su hermana,
desesperada se moviera;
y todo lo que movió
lo frie en una tartera

para dárselo a Turquino
a la noche cuando llega.
Estando en éstas y en otras,
Turquino pica a la puerta.
Le pone cuchillo y pan,
la cuchara y la cazuela.
—¡Qué cena me has dado mujer!
¡Qué cena me has dado tan buena!
Porque cenas que he comido,
ninguna me ha sabido como ésta.
—Mejor te supieron, traidor,
los besos de Filomena.
—¿Quién trajo a casa esa nueva?
¿Quién dijo esa gran mentira?
—¡Esa nueva no es verdad!
—¡Ojalá, fuese mentira!
Ella sale para la calle
diciendo de esta manera:
las madres que tengáis hijas
casarlas en vuestras tierras,
que mi madre tenía dos
y Turquino hizo burla de ellas.



Obra del estanque

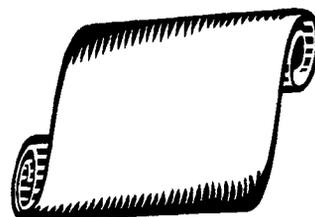


Florentina y Jacinto

En tierras muy granadinas
un matrimonio habitaba,
dueño de muchas haciendas,
según la letra declara.
Gozaba un nombre de conde
por toda aquella comarca
y un grandioso cortijo
con su familia habitaba.
Estos tenían una hija,
Florentina se llamaba,
que sacrificó su vida
por un hombre que adoraba.
Florentina tenía un novio
que Jacinto se llamaba,
que se casaba con él,
si sus padres la dejaban.
Pero aquellos malos padres
las ideas le quitaban,
dándole muchos consejos
para ver si lo olvidaba.
Mas la buena Florentina,
sin hacer caso de nada,
entre más le castigaban
más ciegamente le amaba.
—Tú bien sabes que eres
hija de muy noble sangre
y, si casas con ese hombre,
deshonras nuestro linaje.
—En todo les obedezco,
dijo la hija a sus padres,
pero esto no me lo pidan,
que es imposible olvidarle.
Antes prefiero morir
que traicionar mi amor.
Por decir que es un pobre,
es noble de corazón.
Al oír esto su padre,
lleno de ira y furor
en un rincón de la cuadra,
allí mismo, la encerró.
Pasáronse varios días,
pasaron siete semanas,

Florentina estaba enferma,
descolorida y delgada.
Un día llegó su padre
a verla por la mañana
y le dice: Florentina
¡cómo eres tan desgraciada!
—Ya ves que te estás muriendo
y no dejas tus tontadas.
¡Maldito sea ese hombre
que te tiene trastornada!
Si quieres salir de aquí
muy pronto serás casada
con el hijo del marqués,
el más rico de Granada.
—Las riquezas, padre mío,
para mí, no valen nada.
Mándame un sacerdote
para confesar mi alma.
Yo ya estoy fuera del mundo.
Mi vida pronto se acaba
y muero sin poder ver
al hombre que tanto amaba.
Al otro día siguiente
a muerto se oye tocar.
¿Quién murió?, dice la gente
sin saber qué contestar.
Murió la hija del conde,
la que se quería casar
con Jacinto el carpintero,
el hijo del mayoral.
Condes, marqueses vinieron
su cadáver a velar,
pero no vinieron antes
a darle la libertad.
Al enterarse Jacinto
que Florentina murió,
al suelo cae desmayado
de un síncope que le dio.
Llegó el día del entierro
y él la fue a esperar
a la puerta del cortijo
donde se puso a llorar.
Ya murió la condesita,
ya la llevan a enterrar
en hombros de cuatro doncellas
y en ataúd de cristal.
Toda la gente pregunta,
viendo a aquel hombre llorar,
¿Qué tiene ese buen hombre
que tan afligido está?
—Es el novio de la joven
que hoy llevan a enterrar,
que, por culpa de un mal padre
casados podían estar.
Todas las noches, el joven
por su novia iba a rezar
al lado del cementerio,
donde la vio enterrar.

Pero, al cabo de algún tiempo
y con tan grande pesar,
Jacinto cayó enfermo
en cama de gravedad.
Todos los mozos del pueblo
lo iban a consolar,
pero el pobre muchacho
no hacía más que llorar.
Jacinto entregó su alma
al ordenador del cielo
después de haber sufrido
grandes penas y tormentos.
Aquí termina el romance
de este verdadero amor,
que, por culpa de un mal padre,
muertos se hallan los dos.
Padres que tenéis los hijos,
que esto os sirva de ejemplo;
el matrimonio y la muerte
es un mensaje del cielo.



Cristal roto

Por AGUS

En la calle todo es oscuro,
no es la noche, ni el cristal de mis gafas.
Piso entre montones de basura.
Caras raras pasan a mi lado
y vacías furcias se insinúan
con una sonrisa helada.
En mis ojos brillan colores,
no es el neón de los carteles,
ni la ira de mis pupilas.
Los pasillos del metro están vacíos,
como mis venas de sangre están vacías.
Sólo corre por ellas
un polvo extraño que me intoxica.
Mis lágrimas son cristal roto
que hacen sangrar mis pupilas.
Entre nubes recuerdo
caras perdidas y música.
No puedo ver el futuro.
El presente es pasado ya.
Mis células son cristal roto;
me estoy empezando a desangrar